

Conocer, amar y servir

12

Hna. Briege Mckenna



Hna. BRIEGE MCKENNA

**Conocer,
amar
y servir**

EDICIONES PAULINAS

Colección

RENOVACION

12

Con las debidas licencias

© EDICIONES PAULINAS

Vic. Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile

Impresor: Pía Sociedad de San Pablo

Vic. Mackenna 10.777, La Florida (Stgo.), Chile

Enero de 1989

Impreso en Chile - Printed in Chile

CONOCER, AMAR Y SERVIR

Muchas veces, cuando nos encontramos en una reunión grande, decimos dentro de nuestro corazón: "Jesús, espero que sepas que estoy aquí".

No temamos; el Señor conoce a cada uno de nosotros por nuestro nombre. El nos llama a cada uno por su nombre. Una experiencia que tuve nos confirmará este punto.

En junio de 1978 estaba yo en Dublín. El Padre Mike Scanlan y yo dirigíamos un servicio de sanación. Había un público de 4.000 personas y era imposible orar por cada uno individualmente. Yo les dije que el Señor conocía todas sus necesidades y que confiaran en El.

En el momento en que, terminada la sesión, salíamos de la sala, se nos acercó un sacerdote, me tomó la mano y me dijo: "Por favor, Hermana, ore conmigo por mi hermana que está muy enferma". Me volví hacia donde estaba su hermana, puse mi mano sobre ella y dije una oración. Al orar, miré su nombre, que tenía escrito en la tarjeta prendida a su vestido. En mi oración mencioné su nombre, pidiendo al Señor que la

sanara. En seguida seguí caminando para salir de la sala. Pocos minutos después, me alcanzó el mismo sacerdote. Estaba muy emocionado. Dijo: "Tengo que decirle lo que acaba de suceder. Mi hermana supo de este servicio de sanación hace muy pocos días, cuando las entradas estaban agotadas. Pero una amiga le ofreció su tarjeta de entrada; de modo que mi hermana llegó bajo el nombre de su amiga. Pero cuando Ud. oró por ella, usted usó el verdadero nombre de ella; no el que estaba escrito en la tarjeta".

Inmediatamente recordé las palabras de Isaías. El Señor cumple lo que dijo: "Yo te conozco por tu nombre". Aunque esa señora se presentaba con el nombre de la amiga, Jesús la conocía por su verdadero nombre; sabía que estaba allí.

Al encontrarme aquí entre ustedes, oía en mí las palabras del Señor: "Sí, Yo los he llamado por su nombre; por esto puedo amar a cada uno, porque a cada uno conozco por su verdadero nombre. De igual manera, quiero que Uds. lleguen a conocerme; para que puedan amarme y ser mis testigos. No pueden ser mis testigos si no me conocen".

Oremos: "Señor Jesús, te damos gracias por habernos reunido aquí. Estamos aquí por tu invitación especial. Te damos gracias

por el gran amor que tienes por cada uno. Sabemos, Jesús, que estamos aquí como expresiones de tu amor. Tu amor nos ha dado la vida y quieres llevarnos con amor a la plenitud de esa vida. Danos la gracia para abrirnos a tu amor”.

Les voy a pedir que pongan la mano sobre el corazón y que pidan a Jesús que acaricie ese corazón, que lo moldee, que lo sane; que quite todo obstáculo, todo lo que pueda ocupar su lugar en nuestro corazón.

“Señor Jesús, mientras pongo mi mano sobre el corazón, te pido que tu poder fluya a través de mí. Purifica en este día mi corazón; que sea como esa tierra que está preparada; que pueda yo recibir tu palabra y que pueda producir mucho fruto. En este día, quita, Señor, toda herida, toda amargura; porque necesito tener un corazón lleno de perdón, antes de que pueda escuchar tu palabra y recibirla. Señor Jesús, te pido que tomes en tus manos cada corazón nuestro y como esa arcilla en la mano del alfarero, danos nuevos corazones. Danos tu corazón, oh Jesús; danos una mayor capacidad para recibir tu amor dentro de nosotros”.

Oremos un momento, cada uno, espontáneamente. Se me ha venido la imagen del Se-

ñor, que tiene en sus manos nuestros corazones y los está moldeando.

Se me vienen estas palabras: "Amigos míos, sepan que hoy día les daré a cada uno un nuevo corazón; sepan que les daré labios que me alabarán para siempre; y tomaré las manos de ustedes, para usarlas como mías. Este día les abriré los ojos a una nueva visión. Lo que ustedes experimentan ahora es sólo el comienzo. Lo que tengo para ustedes, mis pequeñuelos, es más grande de lo que nunca esperaron. Regocíjense, porque estoy con ustedes y porque los amo".

Me gustaría dividir esta enseñanza en tres partes: conocer a Jesús, amarlo, servirle. Después de cada parte, oraremos, pidiendo conocer, amar y servir al Señor.

CONOCER A JESUS

Si yo fuera Jesús y estuviera aquí delante de ustedes, mi primera pregunta sería: "¿Conocen ustedes a Jesucristo?"

Cuando Jesús andaba en la tierra, reunió a los apóstoles a su alrededor. Para prepararlos para la gran misión que les encargaba, era necesario que lo conocieran a El. Esto suponía estar horas, meses y años andando con El, viendo cómo sanaba a la gente, cómo los corregía, los animaba, los amaba. Llegaron a conocer a Jesús.

También veían cómo subía Jesús a la montaña, solo, para estar con su Padre. Lo veían orar. Y fue un día mientras lo veían orar, que brotó en el corazón de ellos esa súplica: "Señor, enséñanos a orar". Jesús hablaba con su Padre y les puso en el corazón ese deseo de conversar con el Padre.

Y eso es la oración: conversar con nuestro Padre; hablar con nuestro hermano Jesús; dejar que el Espíritu Santo, que es persona, ore dentro de nosotros.

El único camino para llegar a conocer a una persona es conversar con ella, escucharla. El elemento más importante en la vida de

un cristiano es una vida de oración. A veces llegamos a estar tan ocupados haciendo cosas para el Señor, que no tenemos tiempo para sentarnos, como lo hacía María, a los pies de Jesús, para escucharlo.

Es muy importante dejar aparte un tiempo para orar. Es la única manera para que yo conozca a mi Dios. Y si yo no conozco a Dios, no puedo hablar a otro sobre Dios. Sin conocer a Dios, no podré llegar a amarlo ni a recibir su amor como El quiere dárnoslo, ni podré servirle como El desea que yo le sirva.

Vida de oración

Examinemos la vida de Jesús; su vida de oración. Sabemos que Jesús subía a la montaña para estar solo y orar. Oraba antes de toda decisión grande que debía tomar. En otras palabras, El se sentaba y conversaba con su Padre acerca de todas las cosas de su vida.

Una y otra vez leemos en los Evangelios que Jesús se apartaba para estar solo con su Padre. Antes de la Pasión, en la agonía del huerto, Jesús dejó a sus apóstoles y se apartó solo para orar.

El mismo nos dijo que escuchaba a su Padre; que estaba en continua comunión con su Padre. También añadió para cada uno de nosotros: "Nadie que viniere a mí será rechazado".

Ahora bien, si digo que soy un seguidor de Jesús, debo preguntarme: ¿cuánto tiempo paso yo con Jesús? Es excelente reunirnos en un grupo de oración para regocijarnos y para alabar al Señor, pero recordemos que El nos dijo también que entráramos en nuestros cuartos, cerráramos la puerta y conversáramos con nuestro Padre que está en los cielos.

Todos sabemos que la oración personal no es fácil. Es una disciplina. Muchas veces no vemos los resultados y queremos ver resultados de nuestra oración.

Oración de alabanza

Hermanos y hermanas, debemos recordar lo que el Señor nos dijo; estamos llamados a ser un pueblo que lo alabe y que lo adore. Esta es la primera clase de oración a que El nos llama.

Recuerden, cuando Jesús entró en Jerusalén montado en el burrito, el pueblo estaba aclamando y alabándolo y cuando algunos

querían impedir esta alabanza, Jesús declaró: "Dejen que mi pueblo me alabe; si ustedes lo impiden, las mismas piedras me alabarán".

Estamos llamados a ser un pueblo que dé alabanza a su Dios. Cuando me presento ante El en la oración, quizás no sienta deseos de alabar al Señor; pero mi alabanza no debe fundarse en mis sentimientos; los sentimientos cambian. Debo tomar esta decisión: mi Dios merece esta alabanza y yo debo darle esta alabanza.

Alabar a mi Dios en la oración, es como abrir un tesoro del que se van derramando bendiciones sobre mí. Muchas, muchísimas veces, sucede que, cuando alabo al Señor, aun antes de presentar mis necesidades, se me concede lo que necesito.

La petición

Otra forma de oración que Jesús nos enseña, es llegar ante El y pedirle, sencillamente, la gracia de vivir ese día y responderle a El.

Ahora bien, no puedo pedir con confianza si no conozco a Jesús. La tragedia es que muchos llegan a El solamente cuando se encuentran en necesidad; no se dan tiempo

para conocerlo realmente. Si separamos cada día un tiempo para Jesús, tengamos o no alguna necesidad, entonces, al presentarse la necesidad, podremos volvernos a El con plena confianza, sabiendo que El responderá a esa oración.

Muchos me dicen: "No me gusta pedirle al Señor, porque siempre le estoy pidiendo". Entonces realmente no se conoce al Señor, porque pedir es mostrar dependencia de El; es saber que sin El nada podemos hacer.

Hermanos, no se cansen nunca de volverse hacia Dios y pedirle; pero al mismo tiempo que pedimos, debemos darle gracias.

La acción de gracias

La oración de acción de gracias es una hermosa forma de alabanza. El nos llama a darle gracias en todas las circunstancias. Es fácil agradecer al Señor cuando todo resulta bien, pero es una prueba de nuestro amor y nuestra fidelidad cuando le podemos dar gracias frente al aparente fracaso de nuestras peticiones.

La palabra de Dios

También estamos llamados a conocer a Dios más profundamente por su palabra; y a usarla en la oración.

El libro que llamamos La Biblia, no es un libro de historia, es una palabra viva; todo lo que sucedió y que leemos en ese libro, se realiza también hoy. Cada respuesta que necesito se encuentra en la palabra de Dios.

En la oración debo leer la palabra y pedirle a Dios que me revele su Palabra.

Hace pocos meses me encontré en Jerusalén con una joven judía; me contó una hermosa historia de cómo ella estaba leyendo la palabra de Dios, cuando Dios le reveló a ella, directamente, que Jesucristo era el Mesías. Me dijo que cada palabra en la Biblia comenzó a hablarle. Se dio cuenta que ese libro tenía vida.

Debemos pedirle a Dios que haga que su Palabra viva en nosotros. Si amamos al autor de estas palabras, tendremos hambre de conocerlo más a El y llegaremos a amar su Palabra. Como le sucedió a María, esta palabra se encarnará en nosotros.

Un testimonio

Voy a darles un testimonio. Jesús me mostró que, muchas veces, cuando estamos

orando, nos distraemos y pensamos que estamos perdiendo el tiempo y no sacando nada de la oración. Entonces, nuestro deseo sería de interrumpirla y hacer otra cosa. Con todo, Dios nos dirá que la oración es muy importante; tan importante como comer; si yo no como, muero; si no me vuelvo hacia Dios y no dejo que El actúe en mí, me seco.

Un día, después de preparar la comida (soy la cocinera cuando estoy en mi convento), entré en la capilla y me dije: "Ahora tengo hora y media para pasarla con el Señor". Pero cuando me senté, no podía mantener mi atención en el Señor; había muchas distracciones. Entonces se me ocurrió: "Briege, tienes tantas cosas que hacer; ¿porqué no haces algunas y después vuelves a orar? Probablemente así te sentirás mejor, más relajada, para orar después". Ese es uno de los engaños para que posterguemos la oración. Entonces dije: "No, Señor, voy a quedarme sentada aquí; esto es todo lo que puedo ofrecerte; de modo que aquí estoy".

En ese rato, distrayéndome, como me parecía, me vino a la memoria una Hermana. Y cuando estaba pensando en ella, comencé a orar por ella. Cuando terminó la hora y media, dejé la capilla y entré a mi cuarto para preparar mi clase para el día siguiente.

Y cuando tomé mi pluma para comenzar a escribir, me vino la inspiración: "Escribe a esa Hermana". Pensé: "Bueno, no tengo nada que decirle y nunca le he escrito en mi vida". (Esa hermana había sido mi Maestra de Novicias). Le pregunté al Señor: "¿Qué es lo que yo tendría que decirle a ella?" Mientras tanto, continuaba esa urgencia de escribir. Entonces me senté, le escribí una carta y en la última frase le puse: "Busca primero el Reino de Dios y todo lo demás se te dará por añadidura". Cuando releí la carta, pensé: "¿Qué va a pensar de mí esta Hermana? ¡La importancia que se está tomando!" (Ella estaba de Superiora en un gran Convento). De modo que tomé la carta y dije: "No; no pienso mandarla". Pero luego la bendije y fui al buzón donde entra y sale nuestra correspondencia, pensando: "Señor, no sé lo que va a pasar, pero aquí va".

Más o menos a los 10 días recibí respuesta de esta religiosa. Me comunicaba que había tenido una reunión con la Comunidad, había quedado disgustada y fue a la capilla. Se arrodilló ante el Santísimo y su oración fue: "Jesús, por favor, ven a mí; o pon en el corazón de alguien que ore por mí. Por favor, dame alguna luz sobre este problema".

En el mismo momento en que ella, en Irlanda, estaba delante del Tabernáculo, yo estaba delante del Santísimo en Florida. Y me dijo que, cuando recibió mi carta unos 4 días después y a leyó, la respuesta estaba en mi carta.

Yo tenía mucha curiosidad, porque no recordaba qué era lo que había escrito y cuál era la solución que estaba en la carta. Ella me dijo que, después de leer la carta, llamó a otra hermana para que la leyera también, la hermana le dijo: "Esta carta fue escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo".

Cuando ella me contó esto, me vino el pensamiento: "Si yo no me hubiera puesto a la disposición del Señor en la oración, esa respuesta no le habría llegado a la Hermana. Jesús se dio a conocer a esa Hermana porque yo estuve dispuesta a estar ahí en la capilla".

Jesús nos llama a hacernos disponibles a El; El se hará conocer por nosotros y a través nuestro, se dará a conocer al mundo. Por eso estamos llamados a conocerlo.

Ahora vamos a detenernos un poco para orar. Les voy a pedir que abran las manos al Señor. Vamos a pedirle que nos dé hoy día, una verdadera hambre de oración y que

se revele a nosotros como nos ha prometido. Pero, al mismo tiempo, nos comprometemos a cooperar con El, a disciplinarnos a nosotros mismos, a que nuestra vida de oración sea una vida de fidelidad: cada día mantendremos una cita con el Rey de Reyes, para llegar a conocerlo más y más.

Oremos: "Señor Jesús, al levantar nuestras manos a ti, te pedimos que nos enseñes a orar; Señor, cada uno es único y especial y tú quieres revelarte a ti mismo a nosotros de una manera especial. ¡Que yo pueda llegar a conocerte! ¡Jesús, que me enamore de nuevo de ti, a medida que me entrego a ti! ¡Jesús, por favor, revélate a mí; que yo te pueda conocer, que te pueda reconocer, que te pueda escuchar! ¡Dame un corazón que escuche! ¡Déjame conocer lo que es estar sentado a tus pies y oírte decir que me amas! ¡Señor, revélate a mí! ¡Alabado seas...!"

AMAR Y CONFIAR

Hermanos y hermanas, si conocemos a Jesús, entonces lo amamos. Si tú amas a alguien, al momento le confías todas las cosas. Tengo que mirarme a mí misma y al testimonio que yo doy al mundo; si digo que conozco a Jesús, entonces debo ser una persona que confía enteramente en El.

Si dijeras a tu marido o esposa, o a un amigo muy querido: "Te amo, pero no confío en ti", tendríamos que examinar esa relación y ver qué es lo que está mal. Con frecuencia esto es lo que nos pasa con Dios. Le decimos que lo amamos; pero con una mano estamos agarrándonos a nuestras seguridades, mientras extendemos la otra hacia Dios. Muchas veces parece que dijéramos: "Señor, te amo; confío en ti; pero si tú no funcionas, entonces tengo esto otro".

Lo que el Señor nos dice es: "Tú tienes que entregarte enteramente a mí y confiar en mí". Pero, como ustedes ven, esto es imposible sin antes conocerlo. Todos entendemos lo que yo decía a mis alumnos de primer grado: "No sigas nunca a una persona que no conoces, en quien no puedes confiar".

En este ministerio de sanación en que estoy, he aprendido lo que repito a la gente: "¡Pongan su confianza en Dios; El les va a ayudar!" Recuerdo que un día, una anciana me dijo: "Eso cuesta mucho, porque yo no conozco al Señor. Estoy llena de temor que no me responda".

Ahora bien, tú y yo debemos preguntarnos: "¿Confío en Dios? ¿O somos de esas personas que se dicen: necesito preocuparme y cuidar mis cosas; si no me preocupo, no cuido bien mis cosas?" Muchas veces pensamos que el Señor quiere que andemos preocupados.

¿O somos de aquellos que siempre están mirando hacia el futuro y llegando, por esto, a vivir angustiados?

Como cristianos, el gran testimonio que podemos dar al mundo es mostrar a la gente que confiamos en el Señor, que El es un Señor fiel. Decirlo es muy fácil, pero lo difícil es cuando llegamos a un punto en que no tenemos nada en que apoyarnos sino en el Señor; entonces el Señor nos enseña su fidelidad. Estoy segura de que muchos milagros, mucho más grandes que los que se hacen, se efectuarían entre nosotros; pero nos ponemos impacientes y abandonamos el inten-

to. No creemos que el Señor cumplirá sus promesas.

Una buena lección

Como saben ustedes, siempre estoy repitiendo: "Confíen en el Señor, El nunca nos va a abandonar".

El año pasado, yo estaba en Roma por un mes; tenía todo lo que necesitaba: una pieza en un Hotel y bastante dinero para que me durara ese mes; toda la seguridad que necesitaba. Pero ahora sé y veo que ponía la seguridad en cosas.

El primer día en Roma, me robaron. Andaba por la calle y me acordaba de lo que me habían dicho: "Ten cuidado, porque hay muchos ladrones en la calle". Puse mi cartera bajo el brazo y me dije: "¡Nadie me va a robar a mí!" Veinte minutos después me habían robado todo.

Lo que pasó fue que estábamos sentados en una mesa y comíamos sandwiches. Llegaron unos 40 gitanos y se pusieron a sacar los sandwiches de mi plato; yo estaba más preocupada de los sandwiches que de la cartera que tenía a mis pies. Al momento de irnos, tomé mi cartera y la sentí algo liviana. Pensé: "A lo mejor tengo más fuerzas,

ahora que he comido". Pero, cuando llegué al Hotel, abrí mi bolso y no había nada dentro.

Lo primero que se me ocurrió fue: "¡Dios mío! ¡Me han robado! ¿Qué es lo que voy a hacer?"... y se me entró un pánico terrible. Entonces una vocecita dentro de mí dijo: "Practica lo que predicas". Pero comencé a decirle al Señor: "Voy a estar aquí un mes; voy a necesitar dinero". Y volvía esa vocecita: "Practica lo que predicas". De modo que, en mi oración, le dije: "Señor, no hay ninguna otra cosa que pueda hacer". A pesar de todo, yo estaba llena de paz ese día, porque sabía que me podían quitar las cosas materiales, pero nadie, nunca, me podía quitar al Señor si yo no lo abandonaba.

Al día siguiente, por el altoparlante, oí mi nombre; me llamaban a la recepción del Hotel. Había ahí un sacerdote con un sobre blanco en la mano. Me dijo: "Briege, no sé lo que Ud. va a pensar de esto; pero hace unas pocas semanas, antes de venir a Roma, alguien me dio este dinero y me dijo: "Dios ha sido muy bueno con nosotros y queremos compartir esta bondad de El con otros".

Este sacerdote vino a Roma y de ahí visitó Asís y en la Basílica de Santa Clara,

mientras decía misa, comenzó a venir a su mente mi nombre. El sacerdote pensó: "A lo mejor la Hermana Briega necesita oración". Durante esa oración, el Señor le dijo: "Tú tienes un sobre en tu bolsillo. Eso es lo que yo quiero indicarte". El sacerdote supo mi dirección por sus hermanos en Roma y me pasó el sobre diciendo: "Yo no sé lo que hay aquí dentro, pero entiendo que es para ti".

Cuando abrí el sobre, había dentro la misma cantidad de dinero que yo había perdido el día anterior.

En el momento en que el sacerdote me pasó el sobre, me vino a la mente la imagen del Señor en el Huerto de los Olivos y sentí que cuando Jesús miraba a su pueblo durante esa agonía, uno de los grandes dolores que tuvo fue la falta de confianza de aquellos que lo llamaban su Señor y Salvador. Yo le había dicho a Jesús que yo lo amaba, pero me mostró que mi amor no era tan profundo como El deseaba, porque yo no confiaba bastante en El. El Señor nos llama a expresar nuestro amor confiando en El.

Detengámonos ahora un momento para pedir al Señor una mayor confianza, junto con el amor que le tenemos. Cuando pedi-

mos la confianza, nos encontramos muchas veces como estaba yo cuando perdí mi dinero. Exclamamos: "¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer?" Y el Señor nos responde: "Tengan confianza en mí: soy fiel". Nadie, desde el comienzo de la creación, ha sido defraudado por Dios.

Pidamos a Dios que nos quite el temor de soltar todas esas cosas en que ponemos nuestra seguridad. La única persona que puede darnos paz, gozo, felicidad y amor, es Jesús. ¡Cuántas veces hemos dicho: Si yo tuviera esto o aquello, me sentiría feliz!" Estar enamorada de Jesucristo y saber que El nunca nos abandonará, es la mayor felicidad, gozo y paz que podemos tener.

Oremos: Señor Jesús, te alabamos y te damos gracias por tu amor a cada uno de nosotros. Sabemos, Señor, que tú nos amas; sabemos, oh Señor Jesús, que nos creaste por tu amor a nosotros; sabemos que, en este momento, tú nos dices: "Yo los amo y nunca me olvidaré de ustedes". Tú dijiste: "Si cuido de las flores del campo y de las aves del cielo, ¡cuánto más cuidaré de ustedes!"

Jesús, ¡líbrame del temor!, ¡dame hoy día un gran don de confianza y de amor por ti!, ¡que mis manos sean tomadas por las

tuyas! ¡Enseñame a confiar en tu fidelidad; que, como María, tu madre, pueda confiar en las palabras que tú dijiste. Jesús, ¡enseñame a confiar! María, mi madre, ¡pide a Jesús en este día que me dé un amor más grande por El, porque sabemos que el amor perfecto echa fuera el temor! Como tú, María, yo también quiero decir SI al Padre; pero ¿cuántas veces tengo temor de confiar, de entregar toda mi vida a Jesús! ¡Pídele, Madre, que me ayude hoy día! ¡Gracias, Señor! Amén.

AMAR Y SERVIR

Si amamos a Jesús, entonces lo reconocemos en nuestros hermanos y hermanas. Dios llama a cada uno de nosotros para servirle y sabemos que servimos a Dios cuando nos servimos unos a otros.

Una vez leí uno de esos dibujos que decía: "Yo amo a este mundo, pero no soporto a la gente que vive en él." Y muchas veces le decimos al Señor: "Realmente, yo te amo a ti, pero no aguanto a esta gente". El Señor nos diría: "Todo lo que tú haces por los demás, lo haces por mí".

El también nos reveló que El llega a nosotros a través de nuestros hermanos y hermanas. Yo no tengo ninguna elección en esto. No estoy libre para amar y servir a mis hermanos o no hacerlo. Este es uno de los mandamientos del Señor para mí; nos dijo: "Debes amar a los demás como tú te amas a ti mismo".

Debo reconocer a Jesús en mis hermanos y hermanas. Y esto puede ser difícil, pero no será difícil si estoy enamorado de Jesús. Si lo conozco a El, lo reconoceré en los que me rodean y querré servir a esas

personas porque Dios está con ellas. Cuando mi hermano o hermana está sufriendo, no puedo decir: eso no me concierne. Sí, eso me concierne, porque estoy llamado a servir.

Muchas veces Jesús viene a nosotros disfrazado en las personas. Muchas veces, es con un disfraz de suciedad, hambre, miedo, angustia en otra persona. Y entonces, no reconocemos a Jesús.

Una confirmación

Voy a comunicarles una anécdota que me contó un sacerdote amigo mío; subraya esta enseñanza de manera muy poderosa. El Padre me dijo que vivía en una comunidad, en que no hacían mucha oración juntos. Y muchas veces él había dicho en su oración: "Señor, ¡si pudiésemos reunirnos como comunidad y orar...! ¡Señor, ven entre nosotros!"

Un día, él estaba en su oficina con un seminarista y sonó el teléfono. Un hombre llamaba: "Padre, estoy desesperado, tengo hambre". Y le dio su dirección en esa ciudad. Era un lugar donde se reunían muchos drogadictos y hombres violentos. Era un lugar muy peligroso en la ciudad de Chicago. La

primera reacción del Padre fue: "Yo no puedo ir allá para ayudarlo". Pero lo único que dijo el hombre fue: "Voy a estar en este teléfono público; venga a ayudarme".

El Padre fue allá con el seminarista y encontraron a este hombre yaciendo en el suelo, borracho. Parecía un anciano que no se hubiese lavado durante meses y estaba vestido de harapos. El Padre casi temió acercarse a él; y con todo, sabía que el hombre estaba desesperado. El anciano le tomó la mano y le dijo: "Por favor, estoy desesperado; tengo hambre". De modo que el sacerdote lo metió al auto y lo llevó al monasterio. En el camino le preguntó al hombre: "¿Quién es Ud., y por qué se dejó llegar a este estado en que está?" El hombre entonces le reveló que era un sacerdote y añadió: "Padre, soy un alcohólico y todos me han desechado; mi familia y mi cura párroco. Estoy desesperado y alguien me dio el nombre suyo".

El sacerdote lo llevó al monasterio, lo lavó, le dio ropa nueva y esa noche lo presentó en la sala de comunidad donde estaban los Padres y Hermanos reunidos, contándoles a los demás la situación de este hombre y cómo lo había encontrado. Y vio cómo los padres ancianos de esa comunidad

se reunieron alrededor de ese sacerdote y comenzaron a conversar con él. El solamente tenía unos 34 ó 35 años.

A la mañana siguiente, un grupo de sacerdotes lo invitó a decir misa con ellos. Y a las 3 de la tarde de ese día, este hombre se puso de pie y dijo a los sacerdotes ahí: "Ahora sé que vale la pena vivir, porque a través de ustedes Jesús ha llegado a mí. Ahora voy a partir, pero Dios está con ustedes". Desde ese día, en ese monasterio, todos los sacerdotes de la comunidad comenzaron a reunirse para orar. Y el Padre que me hablaba a mí, me ponderaba cómo Jesús había llegado a ellos y qué fácil habría sido perder la visita de Jesús, que llegó en esa forma a bendecir a la comunidad.

Descubrir al Señor

Ustedes saben que muchas veces el Señor llega a nosotros, pero no de la manera que nosotros esperábamos. Me parece que en este llamado a servirlo, hemos de pedir que el Señor nos abra los ojos y que tengamos visión para descubrir al Señor. Cuando damos, recibimos mucho más de lo que damos.

Me gustaría comunicarles otra anécdota que me contó el mismo sacerdote: El estaba

sentado en la iglesia una noche y le estaba diciendo al Señor: "Señor, sería tan fácil orar si yo pudiera verte". Cuántas veces, nosotros decimos lo mismo: "¡Qué fácil sería si yo pudiera ver a Jesús!" Y él estuvo como una hora delante del Santísimo y repetía lo mismo: "Señor, si yo pudiera verte, entonces yo sé que podría orar!" Y en ese momento comenzó a sonar el timbre de la puerta de calle, pero él se decía: "Mira, estoy orando. Hay muchas personas en el monasterio que pueden responder a la puerta".

Pero, al fin, perdió la paciencia de oír el timbre y salió para abrir la puerta. Ahí estaba un hombre andrajoso que buscaba dinero y comida. El sacerdote le dijo: "Ud. sabe que acaba de interrumpirme en mis oraciones, pero entre". Entonces le preguntó: "¿Es usted católico? ¿Va usted a misa?" y toda esa clase de preguntas. Por fin le dijo: "Yo acabo de dar limosna; a usted le daré 50 centavos y un sandwich de mortadela". Le aconsejó que fuera a la hospedería más cercana y buscara un lugar para la noche.

Volvió después a la capilla, se puso de nuevo delante del Santísimo y dijo: "Señor, sería tan fácil orar si yo pudiera verte". Y oyó dentro de él esa voz: "Tú acabas de verme en esa persona a la que has servido". El

sacerdote se levantó de un salto y salió corriendo a la calle; el hombre ya se había ido. Volvió ante el Santísimo y dijo: "Jesús, ¿por qué no me dijiste que eras tú? Si yo hubiera sabido que eras tú, te habría dado un bistec".

Así pues, cada día servimos al Señor en nuestros hermanos y hermanas. Cuando pronunciamos esa gran palabra: "Señor, enséñanos a orar", si estamos seriamente buscando una vida de oración, entonces llegaremos a conocer a Jesús y conociéndolo lo vamos a amar y vamos a confiar en El y en ese amor, serviremos a nuestros hermanos y hermanas, porque El está en ellos.

Pidamos en este momento un corazón de servir y sepamos que, a medida que vamos sirviendo a los que nos rodean, Jesús nos servirá a nosotros. Y lo oiremos decir: "Cuando estuve hambriento, me diste de comer; cuando estaba en la cárcel, me visitaste; cuando tuve sed, me diste de beber; cuando estuve desnudo, me vestiste". Y nosotros diremos: "¿Cuándo lo hicimos Señor?" Y El nos dirá: "Lo que hiciste a los demás, me lo hiciste a Mí".

Tomemos la mano de la persona que está junto a nosotros, recordando que con las manos servimos a otros; con nuestro corazón, los amamos. Oremos: "Señor Jesús, te

damos gracias, te alabamos por llamarnos; te damos gracias porque tenemos el privilegio de servirte. Señor Jesús, tú nos enseñaste, cuando te pusiste de rodillas delante de los apóstoles para lavarles los pies; tú quieres que toquemos y lavemos los pies los unos a los otros; tú quieres que cuidemos de nuestros hermanos y hermanas. Te pido, Señor, que, en este día, nos des la gracia que necesitamos para responder a tu llamado de venir a servirte. Señor Jesús, quita de mis ojos toda ceguera que haya en ellos; llena mi corazón de un amor tan ardiente por ti, que este amor, Señor Jesús, me lleve a servirte a ti en otros. Señor, unge mis manos hoy día y úsalas como tuyas. Unge mi corazón en este día, para que tu amor fluya a través de mí hacia mis hermanos y hermanas a quienes sirvo. Señor, déjame ser tu extensión que camina por esta tierra".

En este momento, mientras estamos orando, me ha venido una imagen del Señor que está de pie, aquí a nuestro lado y sonriendo nos dice: "Mis pequeñuelos, sepan que conmigo no hay ningún fracaso; lo que ustedes hacen por amor a mí, llevará mucho fruto. Muchas veces, no sentirán mi presencia en aquellos a los que ustedes sirven, pero sepan que yo los veo y como Padre, mis ojos están

siempre sobre ustedes y yo me regocijo cuando ustedes extienden su mano, como mi Hijo Jesús extendió su mano. Les he dado grandes dones, les he dado el don de mi amor y a medida que ustedes dejen que mi amor fluya a través de ustedes, este amor tocará los corazones de los que están duros y llenos de temor. No estén de pie preguntándose ¿qué es lo que puedo hacer?, sino miren alrededor y vean todo lo que les he dado. Les voy a dar grandes oportunidades para servirme, llegaré a ustedes muchas veces. Estén quietos y sepan que soy el Señor y que, en mi pueblo, ustedes me encontrarán".
¡Alabado sea el Señor!

I N D I C E

Conocer, amar y servir	3
Conocer a Jesús	7
Amar y confiar	17
Amar y servir	24

COLECCION "RENOVACION"

1. Plenitud en el Espíritu Santo - *Georgina Gamarra, m.m.*
2. Amar y perdonar - *Roberto de Grandis, s.s.j.*
3. Oración con Jesús - *Roberto de Grandis, s.s.j.*
4. Liberación en Cristo Jesús - *Salvador Carrillo Alday, m.sp.s.*
5. Sanación de recuerdos - *Hna. Paulina Van Horn*
6. Crecer en la oración - *Roberto de Grandis, s.s.j.*
7. Grupos de oración - *Mons. Alfonso Uribe J.*
8. Carismas en los Grupos de Oración - *Robert Michel, o.m.i.*
9. Reconocer el espíritu - *Jacques Custeau. s.j.*
10. Los Sacramentos - *Briege Mckenna*
11. Vivir con el espíritu - *P. Philippe, o.s.b.*
12. Conocer, amar y servir - *Hna. Briege Mckenna*

Impreso en Chile